

vido Roberto, que con su Voltaire, que sabe de memoria, es tan inexorable en sus violentos sarcasmos contra la religion, hubiera escuchado á este buen padre, que parece tan sencillo y modesto! Apuesto á que le hubiera hecho bajar el tono, y que hubiera perdido su insolencia. En fin, yo no sabia cómo desenredarme del embarazo en que me habia metido. Empezaba á temer acabar por ser víctima de su persuasion, y hacia cuanto podia para armarme contra tantos prestigios. En la que seguirá á esta, te contaré lo que me dijo sobre el moral del Evangelio. A Dios, amigo.

### CARTA XIV.

#### EL FILÓSOFO A TEODORO

**A**PENAS, Teodoro mio, al otro día vino el Padre, cuando yo le presenté mi extracto concebido así:

El Padre ha probado hoy la verdad de la religion cristiana por los dones milagrosos que hizo Jesucristo á su Iglesia primitiva; y la verdad de

estos dones por el testimonio de los apóstoles y de los escritores de aquel tiempo, por la rápida multitud de conversiones que produjeron, y por el testimonio constante de la no interrumpida tradicion.

Ha explicado el desigmo de Jesucristo cuando fundó su religion, que era iluminar y reformar á los hombres.

Persuadir á los judios que su culto era ya insuficiente, y elevarlos á otro mas espiritual.

Despertar á los gentiles de su letargo, echar por tierra sus templos, desterrar sus ídolos, llamar á la fe cristiana los idólatras, y transformar hombres groseros y sumergidos en la carne y la sangre en hombres espirituales, castos, desinteresados y santos.

Enseñarles verdades duras, pero útiles y necesarias; sobre todo que nacieron pecadores y enemigos de Dios, que no pueden con solos sus esfuerzos salir de tanta miseria, que necesitaban de un Mediador, que este Mediador es Jesucristo, y que deben reconocerle y adorarle.

Que una empresa tan inmensa y difícil, que ningun hombre podia imaginar, fué ejecutada por Jesucristo, y con medios tan débiles y aun tan contrarios, que mas debian parecer obstáculos; pues para consumarla escogió pocos hombres, y estos pobres, ignorantes y sin autoridad.

Que léjos de animar su zelo con la promesa de

ventajas temporales, no les dejó ver otra perspectiva que la de tormentos, aflicciones y muerte.

Que á pesar de todo esto unos instrumentos tan débiles perfeccionaron una empresa tan ardua.

Que las predicciones de Jesucristo, que entonces parecian tan inverosímiles, se verificaron á la letra con la mas exacta precision.

Que la que hizo de la ruina de Jerusalem se cumplió literalmente, y la vieron cumplir muchos de los que la oyeron.

Que sea que se examine la religion cristiana en sí misma, en sus obstáculos, en sus medios ó en sus efectos, es indispensable concluir que no puede ser mas que obra de Dios.

Que los incrédulos son injustos cuando baldonan á la religion que propone misterios incomprendibles.

Porque Dios puede mandarnos creer lo que quiera, aunque nuestra razon no lo comprenda.

Porque en el órden de la naturaleza y en el de la razon, ó en el órden fisico y moral, hay tambien arcanos que no podemos comprender, sin ser por esto menos ciertos, pues que son palpables.

Que los misterios de la fe no son contrarios á la razon, sino superiores.

Que Dios por su bondad y su sabiduría, y tambien por su justicia, debia proponer á nuestra fe misterios incomprendibles.

Porque la sumision que Dios exige, no solo es justa, sino que tambien nos es útil.

Porque la razon bien dirigida es la que nos conduce á su creencia.

Porque en ellos resplandecen los atributos divinos; y para dar un ejemplo ha desenvuelto el padre esta idea en el misterio de la Encarnacion, y en el sacrificio de la muerte de Jesucristo.

Y porque, en fin, toda su doctrina está fundada en estos misterios, y que de ella nacen la hermosura y la elevacion del mortal cristiano: iba á hablar de esto, pero se interrumpió reservándolo para hoy.

Es verdad, dijo el padre, hoy debo hablaros del moral cristiano. Y desde luego os aseguro que si me ha sido fácil manifestaros que cuanto la religion nos manda creer viene de Dios, y es digno de su grandeza, me lo será igualmente probaros, que todo lo que nos manda practicar no lo es ménos, ni ménos saludable y proporcionado á lo que el hombre necesita. Jesucristo dió en un solo discurso, en el primero que hizo, y que se llama el de la montaña ó de las bienaventuranzas, mayores y mas útiles lecciones que las que pudo dar la razon humana en mas de cuarenta siglos. ¡Qué sublimidad de pensamientos unida á la simplicidad de las palabras! ¡cuántas virtudes nuevas que el mundo no conocia! ¡qué ideas tan contrarias á las que los hombres respetaban!

El moral del mundo era un edificio sin cimiento. Todo era vacilante, incoherente y arbitrario. Moral sin autoridad, pues sus predicadores no presentaban títulos que les diesen derecho para imponer leyes. Moral sin fundamento ni motivos, pues no prometía nada para después de esta vida; ó sus promesas eran tan vagas, tan inciertas y oscuras, que no alcanzaban á contrastar el impulso de las pasiones. Moral sin fuerza, que se contentaba con ostentar máximas fastuosas al oído, pero que no podían entrar en el alma en donde estaba el daño, pues la filosofía no penetra hasta allí ni con su vista ni con sus remedios. Moral falso, pues que no arregla más que el exterior, dejando el corazón en su corrupción y su malicia. Y en fin, moral sin utilidad, pues no podía glorificar como se debe al Ser supremo, á causa de que no le reconocía ni por principio, ni por regla, ni por último fin.

Tampoco era capaz de santificar al hombre, y conducirlo á una felicidad eterna; pues le dejaba ignorar su primitiva grandeza, su posterior degradación, y no le presentaba medio alguno para restablecerse en su inocencia. ¡Qué diferente es el moral del Evangelio! El nos declara nuestras obligaciones, explica los fundamentos, propone los motivos, arregla la extensión, y nos estimula con los castigos ó las recompensas.

Lo primero que nos prescribe es adorar al so-

berano Autor de nuestro ser; concebir de sus divinos atributos la idea más alta que puedan alcanzar nuestros esfuerzos; suponer siempre que es perfecto en todo, y la regla de la perfección; verle con el respeto más ilimitado, amarle con el amor de la preferencia más universal, con un amor tal que dirijamos á su gloria cuanto recibimos de su bondad; con un amor que llene toda la esfera de nuestro corazón, que purifique sus deseos, que santifique sus inclinaciones y ennoblezca sus esperanzas.

Léanse los libros más alabados de la antigua gentilidad, y no se encontrará en ellos nada que sea comparable á estas dos palabras del Evangelio (1): *Amarás á tu Dios con todo tu corazón, y á tu prójimo como á ti mismo.* Ningun filósofo, ningún mortal que no tenga más luz que la de la razón, en fin, ninguna religión sino la verdadera ha dicho que era menester amar á Dios. Y este sentimiento tan dulce y tan legítimo, este deber tan indispensable y tan justo, que hasta el corazón más bárbaro le experimenta, cuando no le endurecen sus pasiones, hubiera sido olvidado sin el aviso de nuestra religión.

Ya hemos visto, señor, que porque Dios es la suma verdad, debemos creer cuanto nos dice, y esperar cuanto nos promete. Que por esto la re-

(1) Luc. x. 27.

ligion de Jesucristo exige de nosotros una fe pura, que no mezcle con la palabra divina ninguno de nuestros pensamientos; una fe humilde y sin curiosidad; una fe viva que se anime con el amor, y nos una de corazon con la verdad eterna. Pues del mismo modo la religion nos manda tener una esperanza firme y generosa, que transporte nuestro corazon al lugar en que habitan los bienes verdaderos; una esperanza que nos inspire tanta alegría, elevacion y nobleza que despreciemos cuanto se acaba con el tiempo, y que como una áncora inmóvil fije nuestra alma, y la mantenga firme entre las tempestades de esta vida.

Del mismo modo, porque Dios es la suprema justicia, y porque nos ha dicho que prepara grandes castigos á los que desprecian sus amenazas y abusan de su paciencia, debemos temblar de la severidad de sus juicios. El nombre de Dios es infinitamente excelso y adorable: no debemos, pues, pronunciarle sino con profunda reverencia y con temblor religioso.

Nuestras necesidades son infinitas. El corazon humano siente en sí mismo un vacío inmenso: debe, pues, recurrir á la bondad de Dios, que solo le puede llenar: debe buscar en este inagotable manantial de amor y de beneficencia los socorros que necesita, para conocer y cumplir con sus obligaciones, para curar sus profundas llagas, para sostener su flaqueza, y marchar con pasos seguros

en el camino de la vida eterna. Pero como el cielo no le debe nada, ni él merece obtener nada por sí mismo, es preciso que implore y haga sus ruegos en nombre de Jesucristo, por cuyos méritos puede obtenerlo todo. Es preciso que pida con una íntima persuasion de que solo por su divino Mediador puede acercarse al Padre, y que nada es agradable á Dios sino lo que va santificado con su oblacion divina. Y una consecuencia natural de estos principios es, que cuando ha obtenido los bienes que ha implorado, debe usar de ellos, santificándolos tambien con una verdadera humildad y gratitud.

La voluntad de Dios es la suprema ley, y siendo de Dios, es necesariamente justa y buena. Nada sucede en el mundo que no lo sea por su causa; pues solo puede acaecer lo que el mismo Señor ordena ó lo que permite. Este principio basta para que en todos los sucesos la voluntad propia, que es naturalmente inquieta, orgullosa y enemiga de la dependencia, someta sus caprichos á la fuerza de su reflexion; y esto debe bastar para suprimir toda impaciencia é inquietud. La queja ó la desconfianza serian infidelidad.

En fin, pues que Dios es el soberano bien y el último fin, debe ser tambien el objeto y el término de nuestros deseos. Debemos, pues, trabajar sin descanso en purificar nuestra alma de las aficiones injustas y carnales, para establecer en ella

el reino perfecto de la justicia; porque para poder llegar á la patria de las dichas, en que solo reina la caridad, en que podemos ser felices, es preciso que aunque seamos tan incapaces de imitar bien la soberana perfeccion de Dios, ella sea nuestro único modelo. Ve aquí las promesas y reglas mas esenciales del moral cristiano; reglas que la razon sola hubiera podido conocer á no estar tan corrompida: y es claro que la religion, que las propone como la parte principal de su moral, debe ser la verdadera religion.

Pero no basta que instruya al hombre de lo que debe á su Dios; tambien debe enseñarle lo que se debe á sí mismo; y para enterarle de esta deuda, era indispensable hacerle conocer al mismo tiempo su caída deplorable, y lo que le queda de su primera elevacion. Era menester mostrarle la causa de este confuso y desordenado tropel de sentimientos opuestos, que agitan sin cesar su corazon; porque si era peligroso mostrarle su dignidad sin instruirle de su degradacion, era muy útil hacerle conocer lo uno juntamente con lo otro, para que formase ideas justas de las contrariedades con que batalla, á fin de que descubriendo su principio, aprendiese el modo de conciliarlas.

¿Pero quién podia darle vista tan perspicaz, que pudiese penetrar en tanta obscuridad? No es ciertamente la filosofia humana; pues esta jamas ha podido conocer el punto principal de que de-

pende la buena conducta de los hombres, y por este defecto todas sus lecciones son á lo ménos defectuosas. Los filósofos que han querido ser guías de los otros, siempre los han descaminado; porque ó lisonjaban su orgullo, que era conveniente abatir, ó aumentaban su desaliento, que era menester animar. Los unos les inspiraban los sentimientos de mucha grandeza, y no era este su estado; los otros los degradaban hasta reducirlos á materia, tampoco era esta su constitucion. Ninguno acertó á describir que su carácter no es justo por sí mismo, pero que puede serlo con la gracia; ninguno supo hacerle humilde, y al mismo tiempo inspirarle confianza.

Jesucristo, y Jesucristo solo llenó con perfeccion este importante misterio. Abate al hombre mucho mas de lo que puede hacer la razon; pero no le desespera. Le eleva mas de lo que puede hacer su propio orgullo; pero ni le deslumbra ni le ensoberbece. No le quita los bienes que le han quedado; pero tampoco le disimula la profunda miseria en que ha caído. En su escuela el hombre se humilla á proporcion de lo que espera, y cuanto mas aprende á desconfiarse de sí mismo, tanto mas se aumenta su confianza. Le enseña á unirse con su Redentor, que le puede procurar una suerte mas feliz que la que ha perdido. Y cuando por una parte considera lo que la eterna bondad le dió en su primer origen, y por otra

lo que la bondad Encarnada le restituye en esta nueva regeneracion, se consuela con la esperanza del recobro que se le ofrece, mas de lo que puede afligirse de la degradacion antigua en que nace.

Ve aquí, señor, el título esencial de nuestra dignidad y de nuestra gloria, y este es tambien el fundamento necesario de nuestras obligaciones. Nosotros no somos ya nuestros, porque hemos sido rescatados. Jesucristo nos compró con el precio de su sangre, nos dió un nuevo ser, es nuestro único recurso, nuestra sola esperanza. Y pues en él estan todos nuestros bienes, pues no hay justificacion sino por sus méritos, salvacion sino por su nombre, reconciliacion sino por su sangre, ni vida sino por su intercesion; es evidente que la primera obligacion del hombre, y el mayor de sus intereses es unirse invariablemente con Jesucristo, y marchar con él siguiendo sus pisadas, estudiar su voluntad, alimentarse con su doctrina, vivir con su espíritu, depender en todo de su ley, y conducirse por ella en todas ocasiones, como quien vive por él y para él, como quien ocupa su lugar, y que es uno con él.

¿Cómo era posible llegar á este amor, y á tanto desinterés si el moral cristiano no nos hubiera instruido de la tiranía de la triple concupiscencia, que es la raiz de todos nuestros males?

El solo pudo convencer y libertar al hombre de los peligros de su orgullo. Los sabios de la antigüedad ni siquiera conocieron esta enfermedad del corazon humano; así no podian pensar en su remedio. Sus máximas eran vestidos pomposos pero inútiles; pues solo cubrian una parte de nuestros males, pero no curaban ninguno. No se halla en todo su moral nada que extirpe la vanidad del alma; cuando mas, condenan la imprudencia de descubrirla, y aconsejan esconderla; pero la dejan en el corazon, y la humillacion y el desprecio de los otros no podian hacer mas que irritarla; pues cuando el hombre se ve tratado con escarnio se erige altares dentro de sí mismo, se da incienso, y él mismo es su propio adorador.

No procede así la filosofía del Evangelio. Ella nos enseña que los hombres por sí mismos son nada, que es verdad que los dones de Dios los adornan y perfeccionan; pero que les dejan su mal fondo natural; que no pueden envanecerse cuando los obtienen, porque se les dan por gracia y por misericordia, que no pueden retenerlos por su propia fuerza; que no teniendo en propiedad mas que su miseria no pueden por sí mismos dar un paso hácia la virtud, ni formar siquiera un buen deseo, ó tener un pensamiento saludable; que todo nos viene de arriba y desciende del Padre de las luces, y que debemos implorar continuamente su bondad.

Esta filosofía superior es la que nos desengaña de todas las ilusiones del amor propio. Nos ilumina para evitar todo lo que condena la verdad eterna, y nos da fuerza para conseguir todos los dones por el conocimiento de nuestra propia flaqueza. Nos excita á dar gracias de lo que hemos recibido, á temblar de que se nos quite, y á pedir lo que nos falta. Así nada es tan capaz de confundir toda vanidad y abatir todo orgullo como la sabiduría cristiana; ni nada puede descubrir mejor las ventajas de la humildad, porque ella sola nos hace conocer su precio y hasta su nombre.

Digo hasta su nombre, porque sólo la moral evangélica instruye bien al hombre de la bajeza á que le reducen sus sentidos; ella sola puede darle medios para librarse de tan vergonzosa esclavitud. No se contenta con mostrarle las desastrosas resultas del vicio, sino que para inspirarle mas horror le hace subir con el espíritu hasta las nociones primitivas del órden, y le hace ver en ellas que por sus reglas inmutables lo mas noble y perfecto debe tener mejor lugar que lo que es ménos; que lo que es inferior por su naturaleza debe tener el lugar inferior; y que estos principios eternos del órden se trastornan cuando el espíritu que nació para mandar se somete á la carne que debe obedecer, y cuando esta insolente y rebekde le domina y sujeta á sus caprichos.

Le hace sentir que esta es una depravacion y locura del alma; que con esta conducta se envilece; que prostituye la nobleza de su origen, la excelencia de su naturaleza, y la santidad del fin para que fué criada; que se confunde con la materia, prefiriendo á las castas delicias de la virtud los groseros placeres que la degradan; y en fin, la advierte que vuelva en sí y se detenga, porque si abandonando su grandeza y sacrificando sus esperanzas inmortales se hace esclava de sus pasiones, no encontrará en ella mas que la vergüenza, el dolor, y la muerte.

A esta doctrina de un santo desengaño añade el cristiano otras verdades que dan á la virtud motivos mas sublimes. Le dice que por la sagrada consagracion del bautismo los miembros de un cristiano se trasforman en un santuario en que el Espíritu de Dios reside con toda su gloria y magestad; que los templos materiales en que la religion nos congrega, aunque tan respetables, solo son figura del templo vivo de un cristiano bautizado; y que el altar exterior en que se ofrece cada dia el sacrificio de la nueva alianza, aunque tan santo y venerable, no es mas que la imagen del altar invisible del corazon del justo. ¿Qué mayor barrera pudiera presentarle para atajarle en su despeño? ¿Qué horror el de profanar el templo de Dios vivo! ¿Qué infamia puede compararse á la de volver á encenagarse en el lodo del vicio,

despues de haberse lavado en la sangre del Cordero, y de haberse asociado á la Divinidad!

De este modo no hay pasion para cuya victoria no le presente el Evangelio un motivo poderoso. Y para combatir el amor de los honores y riquezas solo el cristiano puede dar armas invencibles; porque él solo hace conocer su vacío, su nada, y nos inspira su desprecio. Algunos filósofos lograron redimirse de la ambicion y de la avaricia por la vanidad y el orgullo; pero esto era curar un mal con otro. Solo Jesucristo sabe hacer desaparecer los vicios desengañado de sus errores. El nos enseñó que los tesoros verdaderos son la inocencia y la virtud, que el menor grado de caridad eleva al cristiano mas que el imperio de todo el universo, que es mas seguro no aventurarse á los peligros inseparables de la grandeza y de las riquezas, que solo son dichosos los que desprecian los bienes de la tierra y no estiman mas que los del cielo. Quiere que miremos como indigno de nosotros lo que un mundo insensato y corrompido estima y admira; que lloremos sus gustos y placcres, y nos alegremos de sus aflicciones y persecuciones.

En ningun tiempo la filosofía hablo tanto de socorros, ni dió tantas lecciones de humanidad como en nuestro siglo; ¿pero qué puede obtener la ostentacion de sus declamaciones cuando son tan flojos sus motivos? La religion es la única po-

tencia que da fuerza á los hombres para que se amen y se ayuden con sinceridad. Ella sola nos propone motivos tan sublimes, que nos hace dulces los oficios de una beneficencia recíproca. Ella nos descubre el origen divino de la caridad, establece sus fundamentos, arregla su ejercicio, supera los obstáculos, y forma entre todos los hombres de toda clase y sin ninguna excepcion, una alianza y asociacion tan inviolable y santa, que ningun motivo humano, ningun interes particular, ni la misma ingratitud y persecucion la pueden romper ó debilitar.

¿Y cómo nos conduce la religion á perfeccion tan alta? Por un medio tan simple como elevado, haciéndonos reconcentrar en Dios únicamente todos los afectos de nuestro corazon; haciéndonos sentir que Dios es el principio de todo, que nos lo da todo, que se lo debemos todo; y que este Padre de todos que nos ama á todos, quiere que todos nos amemos por él, quiere que todo lo que por su amor nos ha dado lo partamos y comuniquemos por su amor con todas las demas criaturas racionales, que tambien ama, porque todas las hizo á su imágen y semejanza, y todas estan destinadas como nosotros á verle y gozarle por todos los siglos.

Así Dios, nuestro Padre universal, es el manantial inagotable de donde salen todos los bienes que su amor comunica á todas sus criaturas. Pue-



de tener sus razones para repartirlos con mano desigual; pero quiere que aquel á quien aventajó en la distribucion, comunique por su amor á aquel á quien le falta, que no sea mas que el ecónomo que en su nombre socorre al que lo necesita, para que de esta manera todos sus hijos enlazados entre sí, y amándose por razon de su Padre comun, le tributen las gracias que le deben.

Con esto la religion nos enseña que la íntima y necesaria relacion de los hombres con Dios debe producir otra entre los mismos hombres, que es tan sagrada como la de su origen, pues no es mas que una dependencia suya; pero que no pudiera existir sin ella, como el efecto no existe sin su causa. Porque ¿qué otra cosa es amar á los hombres, que desearles y procurarles todo el bien que nos deseamos y nos procuramos á nosotros mismos? Pero para podernos elevar á disposicion tan perfecta es menester empezar por despegarse el corazon de todos los bienes propios; porque estos son limitados, se disminuyen cuando se parten, y por eso nosotros los codiciamos y procuramos retenerlos. ¿Y cómo podremos despegarnos de todo lo que tanto nos interesa y nos halaga sino poniendo únicamente nuestro corazon en el verdadero bien de toda criatura inteligente, en Dios que basta á todos por su plenitud, en Dios que solo puede llenarle, y que le poseemos mas cuando repartimos mas sus bienes á los necesitados?

Es, pues, la religion el único móvil de la caridad, el único principio que haciéndonos amar á Dios, es el seguro fundamento de nuestro amor para los hombres. Por eso la generosidad cristiana es la sola virtud que nos puede hacer superar al amor propio; que puede desterrar de nuestro corazon las inquietudes vanas, los zelos viles, las envidias malignas y los deseos injustos. Ella sola nos puede excitar á derramar nuestro tesoro, á comunicar nuestros bienes, y á multiplicar los compañeros de nuestras dichas. ¿Pero qué puede amar el que no ama á Dios! Alguno puede ser humano por temperamento, ó benéfico por ostentacion; pero por lo comun el que se encierra en el estrecho círculo de su amor propio, nunca obedecerá mas que á su interes, y no amará mas que á sí mismo.

La caridad que Jesucristo nos enseña es constante, sincera y desinteresada; sobrevive á todo porque nada puede extinguirla. Nunca puede imaginarse lastimada, porque siempre la pone su humildad mas abajo de lo que pudiera ponerla la injusticia: jamas sufre ni turbacion ni mal humor. No tiene que esconder nada con el velo de la paciencia, porque no es hipocresía: no consiste en demostraciones ni en palabras, porque habita en el corazon: está pronta á sufrirlo todo, y todo lo sufre, cuando su dulzura y humildad pueden cooperar á que los otros conserven.

ó recobren su inocencia. En fin, si es menester, morirá por ellos, porque Jesucristo le dió el ejemplo y le impuso la ley; y si espera alguna recompensa de sus sacrificios, es ménos para ella misma que para aquellos que no pudieran ser ingratos sin dejar de ser justos.

El moral del Evangelio no se contenta con imponer al hombre estas obligaciones generales, sino que como un Mentor atento y cuidadoso le sigue, le acompaña, le dirige en todos los estados y situaciones en que le puede poner la Providencia: como hace la felicidad y el bienestar de la sociedad entera, la hace tambien de los individuos que la componen: no hay género de grandeza y perfeccion que le sea extranero: no inspira ménos la dicha de los estados que la de las familias. El solo es el que hace las virtudes sólidas y constantes, las arraiga en el corazon, las sostiene en las tentaciones y combates, y las esfuerza con sus recompensas.

El incrédulo dice que la religion intimida y enerva el corazon del hombre; pero con esto acredita que no la conoce: es menester no haberla visto ni aun de léjos para imaginar este delirio. ¿Cómo es posible que un culto que trasporta al hombre de la tierra hasta el cielo, y eleva su corazon mas allá de su natural esfera, pueda aflojar la energía de su alma? ¿Cómo un estímulo tan sublime y elevado puede debilitar los sentimien-

tos generosos de que nacen las altas empresas y los hechos heroicos? Porque léjos de destruir ninguno de los motivos legítimos que los producen, añade ella otros superiores que los refuerzan; y no solo añade otros, sino que los ennoblece á todos, pues que les da un objeto mas digno y un fin mas excelente y elevado.

La filosofia humana es la que debe enervar el corazon, porque no puede dar á la virtud mas que motivos débiles y caducos; pero la religion! La religion se los presenta sólidos y permanentes; pues los suyos subsisten aun cuando los otros se disipan. El cristiano hace sin testigos lo mismo que hiciera en presencia de todo el universo: no juzga de la virtud por los sucesos, y cuando la vé perseguida, redobla su fidelidad; porque la religion le añade nuevos derechos á sus esperanzas. ¡Ay, señor! si todos los hombres observaran el moral del Evangelio, la tierra seria como el cielo la mansion de la felicidad, y la virtud no necesitaria de los esfuerzos que el contraste del vicio la hace necesarios.

Por una contradiccion muy comun en los incrédulos, el mismo que acusa al moral cristiano de apocar los corazones, y sofocar la simiente de las virtudes heróicas, se queja de que su sistema es demasiado perfecto para nuestra flaqueza. Este baldon es tambien injusto, y solo pudiera convenir á la filosofia; pues aunque ella no exija dema-

siado, aun para lo poco con que se contenta no propone motivos que puedan promoverlo; porque son insuficientes en sí mismos, y no puede sacarlos mas que del orgullo, que es la mas injusta de las pasiones. Así léjos de curar el mal, no hace otra cosa que empeorarlo; pero no lo hace así la religion: pues aunque imponga obligaciones duras, aunque presente caminos ásperos, y un término difícil, y que para repechar la cuesta sean necesarios grandes esfuerzos y continuos sacrificios, tambien socorre nuestra flaqueza con auxilios poderosos, y nos anima con promesas magníficas.

Jesucristo para darnos lecciones de moderacion y de virtud no se contentó con mostrarnos su ejemplo, y hablarnos por la voz de sus milagros. La vista de su santidad y de su gloria hubiera asombrado á los hombres, pero sin sacarlos de su letargo é insensibilidad. No hubiera bastado para curarlos de sus errores y corregirlos de sus pasiones. Sus males necesitaban de remedio mas íntimo y mas eficaz. Por eso el divino Mesías les hizo ver en otro órden superior al de la naturaleza otro imperio, otras maravillas y efectos mas extraordinarios de su omnipotencia.

Por eso tambien los prodigios que obró sobre los cuerpos por la autoridad de su palabra, fueron en su intencion la imágen y la prueba de los prodigios invisibles, pero admirables, que obra so-

bre los corazones, porque derrama en ellos una luz viva y penetrante que disipa sus tinieblas; una uncion secreta que muda sus gustos y sus inclinaciones, que ablanda su dureza y supera sus resistencias: cria deseos mas puros, afectos mas santos, y restablece con una operacion dulce y poderosa lo que el pecado destruye y desfigura. En lugar de la ley de amenazas de que Moises fué ministro, Jesucristo nos forjó una ley de gracia y de favor; una ley dulce que da lo que manda, que al mismo tiempo que intima el precepto, inspira su amor, y que perfecciona en el hombre hasta su misma libertad.

¿Qué otra virtud que la de Dios podia producir la milagrosa renovacion que obró en el mundo la moral del Evangelio? Apenas se oyó la voz de esos pocos hombres que fueron escogidos para ser sus predicadores y modelos, cuando se vió salir como de un enjambre un nuevo imperio, un pueblo nuevo que anuncia la verdad, no con declamaciones estériles y pomposas, sino con ejemplos prácticos y sacrificios difíciles: mostrando que la tierra es el destierro del hombre, que el cielo es su patria, que todo lo que se acaba es nada; que no pudiendo la fama, las riquezas y los placeres seguirnos á la otra vida, no merecen ocupar á una alma que no muere, y otras máximas tan inauditas y nuevas, que jamas habian salido de los labios humanos.

Este mismo pueblo junta al conocimiento de lo que debe saber la mas perfecta sumision á la voluntad divina, la caridad mas activa y mas pura para todos los hombres, la paciencia mas invencible en las tribulaciones mas injustas, y un desinterés universal y nunca desmentido. Este fué el carácter de los primeros cristianos; estas fueron las armas con que combatieron contra el mundo no para dominarle, sino para sacarle de sus errores; no para adquirir poder, honores ó riquezas, sino para enseñar á las hombres los caminos de la justicia y de la felicidad.

No ignoraban los primeros predicadores del Evangelio que su empresa debia procurarles una multitud de ultrajes y de tormentos; pero nada los detiene, y se exponen á la muerte con una intrepidez que manifiesta una grande indiferencia de la vida. ¡O Sócrates! ¡ó Platon! ¿por qué no estábais en la tierra cuando los apóstoles dieron el asombroso espectáculo de virtudes tan magnánimas? Vosotros hubiérais hallado al justo, de que habeis hablado tanto sin haberle mostrado nunca; vosotros hubiérais visto, no uno sino muchos varones constantes, cuando apenas esperábais encontrar uno; vosotros, en fin, hubiérais reconocido que el cielo se habia apiadado de la tierra, que ya habia enviado la luz que debia producir la virtud, y habia puesto en el cristianismo su modelo.

La Iglesia que formaron los apóstoles en Jerusalem era una sociedad de ángeles mas que una asamblea de mortales. La caridad, la unión, la concordia, la fraternidad, la simplicidad de corazón, el desinterés, el desprecio de todo lo transitorio, la oración continua, la acción de gracias incessantes, la paciencia, la dulzura en medio de las persecuciones; en fin, todas las virtudes habian desterrado de ella todo sentimiento terrenal.

Pero no era la Judea sola el teatro de una mutacion tan completa. Muy presto todas las naciones se asocian á la esperanza de Sion, y se incorporan con él para tener parte en sus bendiciones. La palabra de Dios sale de Jerusalem, y se derrama por toda la tierra. Los gentiles forman iglesias parecidas á la primera. Roma, Corinto y Efeso, tan sumergidas en sus delicias y tan famosas por sus excesos; otras muchas ciudades populosas, en que despues de tantos siglos dominaban tiránicamente errores monstruosos, y abominaciones que practicaba su antigua y desmedida supersticion, vieron nacer en su seno hombres justos, religiosos, humildes, dulces, sinceros, caritativos y enemigos de los placeres.

Esos hombres de una especie nueva juntan con el profundo respeto con que adoran al Dios vivo, el mas ardiente deseo de hacer á sus prójimos todo el bien que pueden; una obediencia inalterable á sus superiores, aunque fuesen injustos y violen-

tos; una fidelidad sostenida en el desempeño de todas sus obligaciones, aunque fuesen oscuras y penosas, y un amor perseverante á sus hermanos, aunque fuesen ingratos y perseguidores.

No se puede leer sin asombro lo que los apóstoles escriben de las virtudes y milagros de estos cristianos primitivos. Al mismo tiempo que les escriben para reformar algun abuso, ó para consolarlos en sus penas, los llaman santos, les dan el nombre de bienaventurados, de escogidos; se congratulan con ellos por las obras de su fe, les dan la enhorabuena de los trabajos de su caridad, de la firmeza de su esperanza; y cuando los apóstoles dan este glorioso testimonio á los fieles de su tiempo, ¿se les acusara de engañarse en lo que veían con sus propios ojos? ¿se podrá sospechar que quisieron pasar por impostores, publicando hechos cuya falsedad debia ser notoria?

Si del oriente venimos á nuestras regiones meridionales, verémos que en ellas las mismas luces y las mismas virtudes sucedieron á las mismas tinieblas y á los mismos vicios; y verémos ademas que la estabilidad de nuestras luces y gobierno fué otro beneficio del Evangelio. Nuestros padres siempre armados y siempre errantes debieron al fin la union social, que hace la felicidad de los pueblos, á los resortes poderosos de la religion.

En efecto, examinando todas las partes de lim-

perio divino que fundó Jesucristo, se verá en ellas que el carácter propio é incommunicable de la religion cristiana es sacar al hombre de sus errores y libertarle de sus pasiones; instruirle, santificarle y fortalecerle de tal manera en la virtud, que que ni los halagos del mundo puedan seducirle, ni sus agitaciones conturbarle.

Antes de Jesucristo las desgracias del género humano parecian de algun modo el escándalo de la Providencia. La filosofía se jactaba de su valor y constancia, hablaba con ostentacion de la independencia de su alma, de su desprecio de la muerte y de su firmeza en los reveses; pero eran vanas jactancias, porque jamas pudo ella descubrir el origen de nuestros males, y ménos endulzar su amargura.

¿Ni cómo podian los infelices hallar consuelo en un sistema que sujetaba á sus secuaces al yugo inexorable del destino? ¿Que no les presentaba ni la idea de un castigo merecido para sufrirle resignados, ni la de una prueba meritoria que sostuviese su constancia, que jamas moderaba el rigor de lo presente con la esperanza de lo futuro, y que no podia ofrecer al dolor otra cosa que alivios mas crueles que el dolor mismo?

Un filósofo antiguo dijo, que la constancia del justo que lucha contra el infortunio, era un espectáculo digno de la Divinidad; pero este apotegma es mas brillante que sólido, y no tiene sentido en